

EL GRAN CAPITÁN. GENIO REVOLUCIONARIO DE LA TÁCTICA MEDIEVAL

José Manuel MOLLÁ AYUSO¹

RESUMEN

Para llegar al Ejército que forma el Gran Capitán y que vence en las batallas de Ceriñola y Garellano, es imprescindible ver con claridad de donde parte, es decir, cómo se combatía en aquellos años y como se va formando D. Gonzalo para llegar a convertirse en el gran innovador del arte de la guerra y, desde luego, en el mejor general de la época. Habrá que desmenuzar sus innovaciones en todos los campos: principios y procedimientos que aplicará, estructura orgánica de sus nuevas unidades y armamento. Para acabar explicando cómo tras un extraordinario proceso de la decisión, asesorado por sus capitanes, enfrentarse a un enemigo, siempre superior en número, y alcanzar aquellas extraordinarias victorias en Italia, que supusieron un Nápoles español durante siglos y que se proyectarán hacia el futuro dando lugar a los invencibles Tercios españoles que dominarán Europa.

PALABRAS CLAVE: Innovación, Procedimientos, Nuevas Unidades, Tercios.

ABSTRACT

To reach the Army formed by El Gran Capitan, victorious in the Ceriñola and Garellano Battles, we need to consider carefully its starting point,

¹ General de División del Ejército de Tierra, retirado.

i.e. how the combat procedures were in those years, and the way D. Gonzalo evolves to become Warfare's great innovator and the best general of the times indeed. We will need to break up his innovations in every field: war principles and procedures he will employ and apply, organic structure of the new units, as well as their weapons. We will finish up by explaining how, following an extraordinary decision-making process, with his Captains' advice, he confronted an enemy always superior in numbers, reaching those amazing victories that provided for a Spanish Naples for centuries, victories that would project into the future, giving way to the invincible Spanish Tercios, that would dominate Europe.

KEY WORDS: Innovation, Procedures, New Units, Tercios.

* * * * *

Para llegar al Ejército que forma el Gran Capitán y que vence en las batallas de Ceriñola y Garellano es imprescindible ver con claridad de donde parte, es decir, cómo se combatía en aquellos años y como se va formando D. Gonzalo para llegar a convertirse en el gran innovador del arte de la guerra y, desde luego, en el mejor general de la época. Habrá que desmenuzar sus innovaciones en todos los campos: principios y procedimientos que aplicará, estructura orgánica de sus nuevas unidades y armamento. Para acabar explicando cómo tras un extraordinario proceso de la decisión, asesorado por sus capitanes, enfrentarse a un enemigo, siempre superior en número, y alcanzar aquellas extraordinarias victorias en Italia, que supusieron un Nápoles español durante siglos y que se proyectarán hacia el futuro dando lugar a los invencibles Tercios españoles que dominarán Europa.

1.- Cómo era la guerra en la época

Durante más de 10 siglos, entre la conquista de Roma en el 476, fin del imperio romano de Occidente y la de Bizancio que en 1453 marca el final del de Oriente, el modo de hacer la guerra, especialmente entre naciones civilizadas, apenas había sufrido modificaciones.

Se centraba en los castillos de rectas y altas murallas que había que rendir tras largos asedios, para no dejar atrás en la marcha de un ejército guarniciones poderosas que amenazaran su retaguardia. Cuando se producían las

batallas campales, estas no dejaban de ser sino el duelo de los caballeros de ambos bandos que eran quienes decidían el resultado final de la contienda. Los caballeros de todas las naciones eran una auténtica casta en la que predominaba el respeto y la caballerosidad entre ellos.



**Figura 1.- Estatua del Gran Capitán de Antonio Colmeiro.
Cuartel General del Ejército**

Las unidades a pie, sin preparación previa y con una pobre orgánica, constituían una masa amorfa sin disciplina ni adiestramiento.

La reina de las batallas es la caballería pesada, los hombres de armas, traducción de la gendarmería francesa (Gens d'armes). Los 600 kilos de peso que sumaban el jinete y el caballo con sus pesadas armaduras, les pro-

porcionaba una potencia de choque que resultaba imposible de detener para aquellos débiles cuadros de infantería, aunque ya empiezan a aparecer las unidades suizas y luego las alemanas de los lansquenets, con las mismas ordenanzas, capaces de presentar resistencia.

El armamento de esa infantería, basada en las picas que impiden el contacto de los caballos con ellas, se completa con espadas, alabardas, ballestas y los incipientes arcabuces. Los soldados e protegen con cascos, cotas de pecho, corazas, brigantinas (escamas metálicas sobre una fuerte tela), escudos y rodela (escudos pequeños y redondos)

La artillería, sin movilidad pues debe ser transportada por bueyes, y poca capacidad aún para derribar murallas, se emplea para los sitios, pero no para el combate a campo abierto a donde casi nunca llegan a tiempo. Además es de una complejidad enorme, necesitando trenes de acompañamiento con gastadores, que allanen los caminos, pedreros, fundidores, mezcladores de pólvora, carpinteros, carreteros, aguadores, herreros, acemileros... Ante los avances en la potencia de la artillería y el cada vez más común uso de minas subterráneas y de los explosivos, los arquitectos militares empiezan a diseñar castillos de murallas más bajas y más gruesas, con un amplio foso y el bastión como elemento dominante del conjunto.

Los ingenieros se emplean para facilitar los movimientos, especialmente de la artillería, y para el manejo, cada vez más importante, de los explosivos.

En la guerra de los 100 años, que en realidad fueron 116 hasta 1453, ya se pudo apreciar, aunque pasó desapercibido por la victoria gala, la importancia del armamento que disparaba a distancia como el arco y la ballesta. Pero se pensó que era algo típico inglés y no aplicable a otras naciones.

2.- *Cómo se forma D. Gonzalo*

Segundón de la Casa de Aguilar, el primogénito es su hermano D. Alonso, y huérfano desde temprana edad se cría en Córdoba, donde su maestro D. Diego Cárcamo, le inculcará los valores de la virtud, la magnanimidad, que tanto le caracterizará, y la búsqueda de la gloria.

Entre las dos opciones que se le presentan, el ejército o la iglesia, pronto elige la carrera de las armas, sirviendo en Segovia como paje del heredero de la corona castellana D. Alfonso y a la prematura muerte de este continuará adiestrándose en el manejo de las armas en la corte de Isabel y Fernando.

Pero será ya en la tercera guerra civil contra los portugueses que apoyan, a la muerte del rey Enrique IV, la causa de Juana la Beltraneja contra Isabel,

cuando en febrero de 1379, con 26 años, le veamos al mando de una compañía de 120 hombres que su hermano ha puesto a sus órdenes, peleando en la batalla de la Albuera, donde será felicitado por su brillante participación por el general jefe.

Pero son los 10 años de la Guerra de Granada, los que cuajan su definitiva preparación militar. Verdadera cruzada contra el Islam, a ella acuden caballeros de toda la cristiandad y de todos aprende. En aquellos agrestes parajes, comprende el uso de la caballería morisca, estudia el aprovechamiento del terreno, la tala de árboles para facilitar los sitios, el empleo de la noche, de los golpes de mano, de la sorpresa...

Toma buena nota de la impecable artillería francesa y de la profesionalidad y patriotismo de los franceses.

De la infantería se queja, y prestemos especial atención a la belleza de sus expresiones que con tan mala letra dejará para la posteridad: *“Tramontanos alemanes y suizos son más bien ordenada infantería que nosotros... que en casa no los queremos ejercitar y en campo no podemos...”*²

Ya en esa época, D. Gonzalo observa el desarrollo de la incipiente pero ordenada logística, así como la preocupación por normalizar la administración en asuntos de la guerra. La propia reina, con sus bienes hace que se monte un hospital de campaña para atender a los enfermos y heridos.

En esa época aprende la acción de la política y así Boabdil, rey de Granada, después de que el montillano se mostrarse ante él como un excelente negociador, le tendrá por el mejor de sus interlocutores y como alcaide de Íllora, aprende a gestionar los asuntos públicos y a aplicar la ley.

Y en todo tiempo practica el respeto al adversario, otra de sus innatas cualidades, la humildad en la victoria y la lealtad y disciplina a sus superiores.

3.- *¿Qué modifica de lo existente en su ejército?*

Ahora ya concretemos:

De la caballería conserva parte de la pesada, pero la mayor parte la convertirá en ligera, al estilo de la morisca, y variará el principio de su empleo, lo que es delicado porque afecta a las elites, a los nobles, y que ahora será: *“para hacer correrías y descubrir la tierra y robar y tener fatigado al enemigo, haciéndole muchas veces estar armado y para impedirle las vituallas”*, es decir le está dando las actuales misiones de reconocimiento, enlace, golpes de mano... Y sigue: *“pero no para la batalla campal porque*

² SALAZAR, Diego de: *Tratado de Re Militari* (1536). Libro Séptimo. Ministerio de Defensa.

más útiles son los caballos para el enemigo roto que para romperle”³, bellísima forma de definir otras misiones de la caballería como la explotación del éxito y la persecución.

De la artillería mantendrá una, más pesada y potente aún, para los asedios, cuya acción combinará con el manejo de explosivos, en lo que se especializará uno de sus mejores capitanes, Pedro Navarro. Y organizará otra ligera, a lomo de mulos que acompañará a las tropas y podrá participar en las batallas campales, e incluso en los golpes de mano.

Pero la gran revolución la impondrá en la infantería, en la que mantendrá a los piqueros, que garantizan la integridad de los cuadros, pero irá sustituyendo a los ballesteros por los arcabuceros, que constituirán la elite de sus tropas, con menos guardias y mejor pagados, en atención a los mayores riesgos que correrán y a los gastos y dificultades técnicas que tienen que afrontar. Los arcabuces, con un alcance de 80 metros y especialmente eficaces a los 30, situados por delante de las picas, diezmaban de tal modo a las cargas de caballería que lo que llegaba ante los cuadros era incapaz de romperlo.



Figura 2.- Arcabuz y rodela

Y dará gran protagonismo a los enrodelados, infantes dotados de rodela, espada, casco y coraza de pecho, los cuales llegados los piqueros al cuerpo a cuerpo, e inmovilizados empleando las dos manos para parar el empuje adversario, se introducirán por debajo de ellos haciendo grandes carnicerías en los cuadros enemigos.

³ SALAZAR, Diego de: *Tratado de Re Militari* (1536). Libro Séptimo. Ministerio de Defensa.

En este dibujo, de entrañable valor por ser de la época, aunque algo retocado, de la obra de Salazar, soldado con el Gran Capitán que llegó a ser capitán, se puede comprobar el detalle al que se descendía en la situación de cada uno de los miembros de la unidad.

Y veamos cuáles eran los “Principios Tácticos” y los “Procedimientos”⁴ que aplicará, y para ello recurriremos al propio líder que, con certeras y bellas palabras, nos los describe.

Un principio general, fruto de su prudencia es que *“lo que al enemigo aprovecha a vos os daña y lo que a vos aprovecha al enemigo daña”*.

Hay que mantener siempre alta la moral de tus hombres y, en cualquier caso, conocer a la perfección como está, hasta el punto de afirmar *“no traigas jamás tus guerreros a dar la batalla si primero no estás seguro de sus corazones y conocido que están sin temor y que están ordenados...”*

“Libertad de acción”: *“el Gran Capitán no pelea a la voluntad del enemigo sino cuando es su voluntad o se le ofrece bastante ocasión para ello”* porque *“el buen capitán no viene jamás a dar la batalla si la necesidad no le apremia o la ocasión no le llama”* Así, por ejemplo, no aceptará el reto del duque de Nemours de salir de Barletta a combatir, algo no habitual en la época..

Será muy partidario de mantener fuertes reservas que le permitan, en el momento oportuno, cambiar el centro de gravedad de la acción porque *“mejor es en el orden de la batalla reservar más ayuda tras la primera frente que, por hacer fuerte la vanguardia, enflaquecer el resto”*

Planeamiento: las acciones tácticas deberán estudiarse con detenimiento para tomar decisiones bien fundamentadas, en las que también deben influir, los medios de que se dispone, las circunstancias del momento, el adiestramiento de las tropas, el terreno y el tiempo atmosférico, entre otros. Y pesará mucho el enemigo, por lo que será de gran importancia la labor de “inteligencia” que proporcione informaciones precisas sobre él, porque *“difícil es vencer el capitán que sabe conocer sus fuerzas y las de sus enemigos”*. Esas decisiones, basadas en profundas reflexiones, siempre exentas de impulsos del corazón, como norma deben mantenerse, porque *“en la batalla o en la pelea no hagáis que una escuadra haga otra cosa, de la que primero habéis ordenado, si no queréis hacer desorden, salvo en un trance muy conocido, ventajoso o necesitado”*. Ya que *“a los accidentes repentinos con dificultad se da remedio, y a los pensados con facilidad”*. Es el famoso, orden, contraorden, desorden. Excepto como ya anuncia, y aquí entra la genialidad de

⁴ Todas las expresiones, sobre los principios y procedimientos, atribuidas a D. Gonzalo, proceden del ya referenciado *Tratado de Re Militari*. Libro séptimo.

un general en jefe siempre pendiente de la batalla, cuando varíe algo básico y nos ofrezca ventajas el cambio, porque *“saber en la guerra conocer la ocasión y tomarla, aprovecha más que ninguna otra cosa”*.

Exige “disciplina” *“que en la guerra puede más que el furor”* y “preparación física”, porque *“la natura engendra pocos hombres fuertes, la industria y el ejercicio hacen muchos”*.

El hacer ejercicios diarios, las interminables marchas cargados con todos los arreos de la guerra y el cuidado en general de la salud y de la moral de cada soldado, lograba profesionales sanos y fuertes, ya que *“más vale la virtud de los guerreros que la muchedumbre de ellos”*.

Además les anima a mantener esa virtud tan propia del militar, la “austeridad”, y así *“aveza a los guerreros a despreciar el vivir delicado y el vestir lujurioso”*.

Proclama D. Gonzalo la ventaja de mantener los sitios el tiempo necesario, por duro que sea, para que la rendición se produzca sin un excesivo gasto, en hombres y recursos, de sus fuerzas, porque *“mejor es vencer al enemigo con el hambre que con el hierro”*.

Preconizaba que no se debían, sin poner en peligro la resistencia de los hombres, alargar las campañas durante todo un año, y así en los meses más fríos coincidía con esa opinión tan en boga en los demás ejércitos de suspender las campañas. Pero su inmenso genio huía sistemáticamente de las decisiones ya definidas de antemano y así, recordando lo de que peleaba cuando *“se le ofrece bastante ocasión para ello”*, en Garellano, en los peores momentos de aquel horrible diciembre, y mientras los franceses, haciendo bueno el principio de que en esa época se suspendía el combate y las unidades se reponían, lanza el ataque general y definitivo que le llevará a la victoria final en la campaña italiana.

En la cuestión “logística”, para dar a su ejército más movilidad, prescindió de la variada impedimenta que se arrastraba y la unificó, dejando solo lo necesario y asignando carruajes según el tipo de unidad, de forma que ordenadamente se transportara todo lo necesario: picos, palas y otras herramientas para los trabajos en el campo, las tiendas, las marmitas y demás utensilios. Y para asegurar la subsistencia, en cualquier situación por desfavorable que fuera, se preocupó en que cada soldado llevara consigo una cantidad de harina para poder cocer su propio pan. Sus campamentos también se montaban obedeciendo a normas preestablecidas sobre el terreno a utilizar y a cómo montarlo, asignando lugares y calles para las capitánías, los caballos, los carruajes, la alimentación... de forma que cada uno tenga su sitio, se proteja lo importante y se puedan activar sus tropas rápidamente para el combate.

¿Y cómo era el factor humano en aquel Ejército? ¿Cómo eran aquellos hombres a los que instruirá en sus conocimientos y que de forma tan brillante lo llevarán a cabo con tanto brío como fe en su líder?



Figura 4.- Reproducción de la espada del Gran Capitán. Museo del Ejército⁵

Habrá que hablar, en primer lugar de sus capitanes, excepcionales hombres que, según tratadistas muy afamados, constituirán una verdadera Escuela de Estrategia que se denominará Hispano/italiana⁶, y en cuyos conocimientos todos los países beberán durante mucho tiempo y que en pocos años dará lugar a los invencibles Tercios españoles que tanta gloria darán a España. Es imposible hablar de todos ellos en unas pocas líneas, cuando cada uno merecería un tratado aparte, pero al menos será de justicia nombrar alguno de ellos: Pedro Navarro, experto en explosivos y considerado el primer ingeniero militar español, García de Paredes (el Sansón de Extremadura), Zamudio, Villalba, Urbina, Andrade, Pizarro, padre del conquistador, los hermanos Paz, Diego de Mendoza, el de mayor alcurnia, el vasco Lezcano, jefe de la flota y los italianos Colonna y D'Albiano, italianos de familias irreconciliables pero unidos en la lealtad al Gran Capitán.

Y sus soldados: como núcleo principal contará con los españoles, bravos y resistentes en el combate y pendenciero en la paz, y cuya corta estatura era ideal para ser enrodelados. Prefería a los hombres procedentes del campo, frugales y rudos, y como las bajas se producían constantemente, tanto por el combate como por la falta de higiene y las enfermedades, era continua la necesidad de reponer hombres y así los admitía en un amplio abanico entre

⁵ La original se encuentra en la Real Armería de Madrid.

⁶ ALONSO BAQUER: *El Gran Capitán. De Córdoba a Italia al servicio del Rey*. Publicación obra social y cultural CAJASUR, 2003, pág. 87.

los 17 y los 40 años, aunque recomendaba empezar con los más jóvenes y que se formaran junto a los veteranos.

El honor, que se reverenciaba en todos los niveles, era lo que movía fundamentalmente a cumplir con su obligación al soldado mercenario, pero los contratos los consideraban también sagrados y no se admitía, sin rebelarse, el no cobrar a tiempo y según lo convenido, convirtiéndose esto en uno de los principales problemas a solucionar en todos los ejércitos.

El ejército se completaba con extranjeros, contratados a veces por unidades completas. Es la hora de los “Condotieros”, militares profesionales puestos a sueldo bajo cualquier bandera, con una muy buena y seria reputación de estrictos cumplidores de lo firmado. Los suizos, eran, como se ha dicho, la mejor infantería del momento. Soldados eficaces, fuertes y leales estaban solicitados por los más poderosos países, entre ellos siempre Francia. Los “Lansquenets”, alemanes tudescos de las húmedas selvas alemanas, eran fornidos soldados a los que les costó acostumbrarse a las secas tierras italianas. Como los suizos eran disciplinados y leales y los únicos capacitados para enfrentarse a ellos en terreno abierto. Resultarán vitales en las filas españolas. Las tropas de D. Gonzalo se completaban con los italianos, en cuyo auxilio había acudido el ejército enviado por los Reyes Católicos y que luchaban en su tierra por sus propios intereses.

4.- Y como aplica todo lo anterior a casos concretos

Para la primera campaña de Italia, los Reyes Católicos envían en ayuda de la reina Juana, hermana del rey Católico, un pequeño ejército, a cuyo mando ponen sorprendentemente al segundón de la casa de Aguilar, con buenas experiencias militares pero nada que ver con las de, por ejemplo el II duque de Alba.

Tendrá que enfrentarse a un enorme ejército francés de 20.000 infantes y 5.000 jinetes que desde febrero de 1495 se encuentra en Nápoles.

Una posible explicación, al tamaño del ejército español y al mando que se pone a su frente, podría ser que D. Fernando nunca aspiró, con lógica, a lo que siglos más tarde Clausewitz, denominó “victoria de aniquilamiento”, sobre el coloso francés. El genio del mejor estadista de la época, el rey Católico, no perdía de vista la amenaza permanente que Francia proyecta sobre Aragón y sobre Navarra y quizás aspirara simplemente a tener al enorme ejército francés empantanado en tierras italianas y conseguir ampliar sus dominios con la Calabria y parte de Nápoles. El nombramiento de D Gonzalo es, en sí mismo, un mensaje tranquilizador para el rey francés. Y todo ello

sin perder de vista que el tema napolitano es propio de la Casa de Aragón, es decir de la familia, más que de la propia corona.

Sin que los 300 caballos y los 2.000 infantes del ejército de D. Gonzalo, tengan que enfrentarse a los franceses, estos se retiran, al formarse, entre Venecia, Milán, los españoles y con el apoyo del papa y del emperador Maximiliano, una Liga, como respuesta a los desmanes de los soldados franceses y ante el despótico gobierno que se ha impuesto. Eso sí, el rey francés deja en Calabria 10.000 hombres al mando de un buen soldado, el señor D'Aubigny. Y con él empiezan los enfrentamientos durante unas semanas en que, al más puro estilo granadino, mediante golpes de mano, emboscadas, con el empleo primordialmente de la noche, consigue algunas victorias locales que hace que los franceses se encierren en sus castillos, hasta que el joven e impetuoso rey Ferrante, decide contra la opinión de Fernández de Córdoba, enfrentarse a D'Aubigny, que le viene retando en su marcha desde la Basilicata y pregonando la cobardía del rey y eso es mucho más de lo que un caballero del medievo podía soportar.

Aunque la derrota, la primera y única en que participa D. Gonzalo, se atenúa mucho gracias a su pericia, con las sucesivas cargas de la caballería española y con la resistencia de sus ordenados cuadros, la consecuencia más importante es la decisión que el montillano toma de nunca más combatir así. Desde ahora él tomará las decisiones.

Una enfermedad del francés le da el tiempo que necesita para mejorar el adiestramiento de sus tropas, incidir en la disciplina, organizar el relevo de ballesteros por arcabuceros, y practicar con su nueva artillería a lomo. Con el refuerzo en hombres recibido, ya cuenta con 1.200 hombres de armas, 1.500 caballos ligeros y 4.000 infantes, ya puede iniciar una nueva y brillante campaña de guerrillas, que mantiene perplejo al general francés que no sabe cómo reaccionar ante unas tropas que aparecen y desaparecen como por arte de magia y que tiene a los suyos en continuo estado de alerta.

Como quiera que los suizos al servicio de Francia no hubieran cobrado sus pagas y se negaban a combatir, algo normal en la época, los franceses deben encerrarse en Atella, para reorganizarse. Son 7.000, mantienen preso al cabeza de la familia Orsini, Virginio, y están cercados por los napolitanos, que piden ayuda a D. Gonzalo. Este lo solucionará con los suyos teniendo a los napolitanos como espectadores.

Estudió la situación, como habitualmente hacía, con sus capitanes: fuera de la plaza unas avanzadillas de suizos daban seguridad a unos molinos que garantizaban la harina y el agua a la ciudad. Con sus impecables cuadros organizó ataques de su infantería, cuadro contra cuadro, en los que sus enrodeados harán auténticas carnicerías entre los suizos, a la vez que un excelente

movimiento táctico de su caballería cerraba el paso a los posibles refuerzos que pudieran llegar de los sitiados.

Cuando estrechado el cerco y ya sin los molinos aparece el hambre y la sed, Francisco D' Alegre, señor de Precy, tiene que rendirse.

Nápoles en julio de 1496, es español, la familia Orsini, estará reconocida para siempre a D. Gonzalo por la liberación de su jefe y Fernández de Córdoba, a gritos de sus hombres recibe el título de Gran Capitán, con el que ya para siempre será reconocido.

En el mes de marzo de 1497, el papa Alejandro VI, pide ayuda al victorioso general que se encuentra en Roma. Menaldo Guerri, pirata vizcaíno con mercenarios en galeras bien armadas al servicio de Francia, ocupa el castillo de Ostia, en el puerto natural que cierra los accesos a Roma que sufre hambre y calamidades.

El Gran Capitán, con 1.000 infantes, 300 jinetes y la correspondiente artillería, organiza el sitio. Después de cinco días de intenso cañoneo, un trozo de muralla cae y sobre ese punto se lanza la infantería española, pero mientras los piratas acuden a cerrar la brecha, varias capitanías de reserva, penetran en la fortaleza por el otro extremo, produciéndose pronto la capitulación. D. Gonzalo dejó libre a franceses e italianos pero fue implacable con los españoles.

La entrada en Roma, es otra muestra de las formas de actuar del montillano: en cabeza el pirata que tanto había hecho sufrir a la ciudad, mugriento y sobre una huesuda jaca, detrás el Gran Capitán con su mejor armadura, seguido por los, aún sangrando, terribles infantes españoles.

Estando ya en España D. Gonzalo, los turcos vuelven a invadir algunas islas griegas, poniendo en peligro, en primer lugar las posesiones venecianas en la zona y luego a toda la cristiandad. El papa, con Venecia, pide el apoyo de los Reyes Católicos, explicitando que el conjunto de todas las tropas deberán estar al mando de Fernández de Córdoba.

El 4 de junio de 1500, zarpa la flota española del puerto de Málaga, para unirse a la veneciana y parar al turco. El mando de Fernández de Córdoba es absoluto: jefe de la flota, jefe de las tropas y capacidad para aplicar justicia. El objetivo será la fortaleza de San Jorge, en la isla de Cefalonia, que llevaba sitiada por los venecianos desde hacía 4 meses.

La casi inaccesible fortaleza, situada en lo alto de una escarpada roca, está ocupada por 700 fanáticos jenizaros, al mando del capitán Gisdar. Los jenizaros eran reclutados haciéndose cargo de un niño por familia de las zonas que iban dominando, a ser posible inocente y sin formación religiosa, para en un adoctrinamiento feroz, convertirlos en autómatas, verdaderas máquinas de matar que era para lo que se instruían.

Establecido el cerco, como siempre D. Gonzalo les ofrece una rendición honrosa que naturalmente es rechazada porque temían más al sultán que a los propios españoles. Después de 50 días de asedio, con asaltos sin tregua, carentes de alimentos y en condiciones muy penosas aparecen la indisciplina y los motines, que D. Gonzalo tiene que solucionar con su habitual maestría.

La llegada de dos barcos, previsoramente mandados a Sicilia, cargados de víveres y pertrechos, permite tranquilizar la situación y planificar lo que será el asalto final: para debilitar a los sitiados, los mantiene toda la noche en vela, mediante descargas sistemáticas de bombardas y arcabuces, seguidas de conatos de asalto. Por la mañana, el Gran Capitán arenga a sus tropas, recordándoles quiénes son, y ataca la fortaleza por dos puntos, para en pleno equilibrio de la lucha, romperlo mediante el ataque de varias capitanías de reserva, por un tercer punto usando torres de madera.

En aquella Nochebuena, sobre los cadáveres de los terribles jenízaros, ondeaban las banderas de la cristiandad, a la vez que la noticia daba la vuelta al mundo, significando el freno al expansionismo turco.

Sorprende también que con los franceses ya en Italia, D. Fernando, lance sus tropas contra el turco, lo que refuerza la tesis de que el escenario italiano era secundario, aunque también hay que considerar que el rey fuera más “Católico” que rey, con doña Isabel, de Castilla y Aragón.

Al regreso de la victoria sobre el turco, D. Gonzalo desembarca en Sicilia y lanza un importante contingente para reforzar Nicastro, ya que desde el verano anterior, se encuentran en Italia, como hemos dicho, 24.000 franceses, con 58 piezas de aquella la mejor artillería de Europa. Están al mando del señor D’Aubigny, que vuelve al escenario de sus peleas con los españoles, pero que ahora debe supeditarse al joven virrey de 24 años, Luis D’Armagnac, duque de Nemours.

La misión del ejército español es de simple vigilancia de las nuevas fronteras marcadas por el Tratado de Granada, firmado entre Francia y los Reyes Católicos, al margen del rey de Nápoles y que de una manera deliberadamente confusa, pues no cita determinadas provincias, reparte Nápoles, dejando el norte para los franceses y el sur para los españoles.

Mientras los políticos hablan de paz y del reparto, los soldados continúan en guerra, pues muchas plazas desobedecen y no se entregan.

En febrero de 1501, el Gran capitán es nombrado “Lugarteniente general en Sicilia y Calabria”, lo que significa mucho en su carrera.

Con un ejército reducido de 300 hombres de armas, 300 jinetes ligeros y 3.800 infantes, y con la esperanza de los refuerzos pedidos a la gran Casa Colonna, D. Gonzalo inicia la marcha hacia el norte, alcanzando la victoria en la toma de fortalezas como Cosenza o Roca Imperiale.

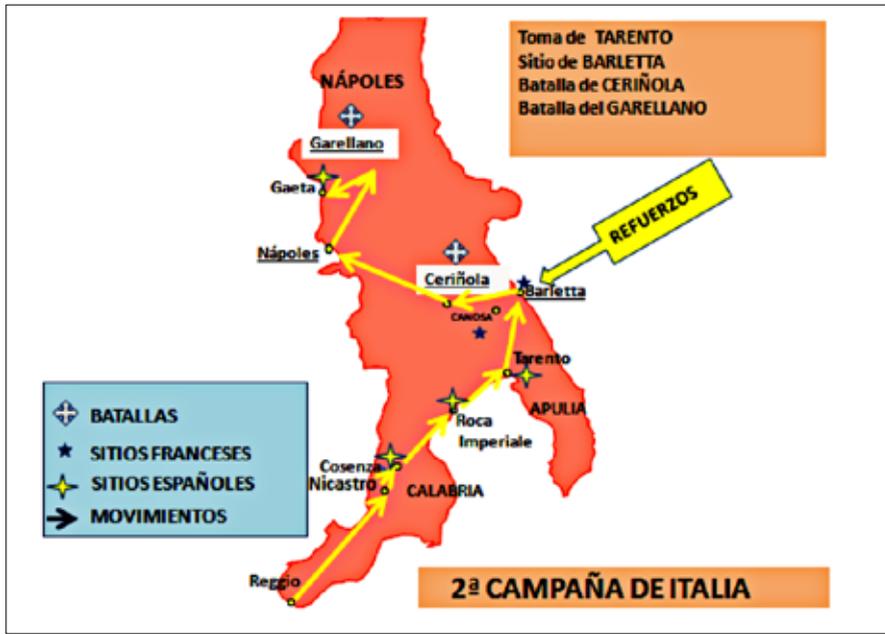


Figura 5.- Original del autor

Tarento es una plaza de un valor muy especial, por su vital situación geográfica y porque en ella se halla recluido el duque de Calabria, heredero al trono de Nápoles.

Aunque la tiene cercada desde hace tres meses, no la ha atacado por deferencia al joven heredero, pero una vez más aparecen el frío, las enfermedades y lo peor, la falta de dinero para pagar a los soldados, lo que conduce a los inevitables motines que deben ser solucionados con gran dureza. El apresamiento de una nave genovesa cargada de hierro para el turco, le permite pagar, aprovisionarse y organizar el asalto a la plaza.

Tarento está rodeada de agua por todas partes. El mar Jónico y las lagunas existentes a sus espaldas están unidos por unos brazos de terrenos pantanosos impracticables, por lo que la defensa de la plaza encara tan solo al mar. El Gran Capitán ordena la tala de grandes árboles que son convertidos en fuertes rodillos, por los que, entre cánticos y con grandes esfuerzos, son llevados a la laguna las barcasas artilladas de Lezcano.

Abierto el fuego, desde esa posición no prevista por las defensa de la ciudad y cerrado el acceso de víveres, el 1 de marzo se produce la rendición. Pero para D. Gonzalo esta victoria tendrá un colofón triste que toda la vida recordará como uno de los peores pasajes de su historia. Aunque el enviar al

duque a España es por orden directa del rey Católico, que debe ser obedecido, ello conlleva el romper su promesa de dejarlo en libertad.

Las negociaciones con el duque de Nemours, en numerosas y tensas reuniones con participación de hombres de leyes y capitanes de ambos bandos, no consiguen alcanzar acuerdos que definan con precisión las nuevas fronteras, según el Tratado de Granada. Y es que los franceses se saben mucho más fuertes y pretenden arrebatarlo todo por la fuerza.

Ese verano, D. Gonzalo, genio estratégico también, toma una difícil decisión y se encierra en Barleta. El Consejo de Guerra de los reyes y sus propios capitanes, discrepan de él pues estiman que en la Calabria tiene buenas fortalezas y fácil enlace con Sicilia. Pero a la postre esta decisión será muy acertada, porque le permitirá recibir apoyo logístico de Venecia, muy agradecida desde la victoria sobre el turco, su magnífico puerto le permitirá recibir refuerzos militares del emperador Maximiliano y además Nemours, tendrá que retraer casi un tercio de sus tropas para enfrentarse a los españoles en la Calabria, lo que equilibrará algo más las fuerzas.

Mientras se organiza, D. Gonzalo ordena a Navarro, ocupar Canosa, pueblo apenas amurallado, con 500 hombres, porque *"sobre esta piedra tengo que preparar toda la guerra por venir"*⁷. Después de tres días de feroz resistencia, y ya con el permiso de su general, los sobrevivientes, 150 héroes, abandonan la plaza, banderas al viento, siendo detenidos dos kilómetros más adelante, por la incredulidad de los franceses que no daban crédito a la resistencia presentada por tan pocos hombres.

El Gran Capitán tiene que mantener la moral de sus hombres, por lo que organiza salidas, al estilo guerrillero, que al duque de Nemours desquician y es que no puede comprender como sus flamantes suizos son sorprendidos y diezmados, en un ataque relámpago mientras comen uvas.

Una noche, con 1.000 jinetes, 3.000 infantes y bombardas y falconetes, toma Ruvo, donde entra a saco, matando a cuantos encuentra armados, saqueando todo lo aprovechable y destruyendo el resto. El propio señor de la Pallisse es hecho prisionero y cuando el desconfiado Nemours llega solo puede enterrar a los 1500 muertos que la operación ha supuesto. Aún D. Gonzalo se la volverá a jugar cuando con el calor ya apretando, D'Armagnac decide aflojar el cerco y retirarse a las plazas cercanas en su poder. En este movimiento retrogrado es sorprendido por un falso ataque de los españoles que fuerzan a los franceses a volver grupas, siendo conducidos a una emboscada que produce gran botín y numerosos cautivos.

En septiembre de 1502, se recibe carta del rey, anunciándole la declaración de guerra a Francia, ahora ya la situación obedece a la realidad.

⁷ MARTÍN GÓMEZ: *El Gran Capitán*. Almena, 2000, pág. 98.

Cuando recibe 2.000 lansquenetes alemanes, infantería con las mismas ordenanzas que los suizos, más jinetes e infantes de la Calabria y mercancías, trigo y dinero, D. Gonzalo comprende que es el momento de salir, pues tras 8 meses de sitio y con el aumento de guarnición, los problemas logísticos y de higiene son grandes.

Pero el Gran Capitán sabe que no está en condiciones de presentar una batalla en campo abierto pues reconoce la superioridad de la caballería pesada francesa, de la artillería y la de los suizos. En cambio se sabe superior con sus enrodelados, arcabuceros, artillería a lomo y caballería ligera.

A mediodía del 27 de abril de 1503, abandona Barleta, con un flanco apoyado en el mar y pernocta en la Cannas de Anibal, de tanta resonancia histórica. Escucha a sus capitanes e impone su decisión, la batalla se dará a la defensiva y el lugar será Ceriñola.

La columna que marcha hacia Ceriñola consta de un grueso de 400 hombres de armas y toda la infantería española e italiana, seguidos por los lansquenetes alemanes de von Ravenstein, y una retaguardia de 200 jinetes de Francisco Sánchez y 200 hombres de Armas del duque de Termes. Protegiendo el flanco, un par de kilómetros hacia el enemigo, Fabricio Colonna, con 400 caballos, oculta esta información a los franceses.

Esta marcha es una de las acciones más duras de la campaña. Aún hoy en día, en los centros militares de instrucción se enseña, para la formación básica del guerrero, el espíritu de marcha llevado hasta más allá de lo humanamente comprensible.

Aquellos 30 kilómetros de desolada tierra arenosa y sin vegetación, bajo los rayos del sol de un brillante día de abril que abrasaba a los sedientos hombres bajo sus pesadas armaduras, eran la distancia a salvar para llegar al lugar adecuado para dar la batalla. Especialmente duro fue aquello para los alemanes procedentes de las húmedas selvas de Centroeuropa, a los que hubo que ayudar montando a la grupa de los caballos de la columna, cosa que hizo incluso el Gran Capitán con un alférez tudesco.

Vital, en tales circunstancias, fue la ayuda que proporcionó un soldado, Medina, en realidad Pedro Gómez pero que era de Medina del Campo, que apareció con cuatro carretas llenas de vino y bizcochos y que repartidas significó un aporte calórico y de moral que les empujó mucho para alcanzar el ansiado objetivo. Aún así, casi medio centenar de aquellos bravos soldados, extenuados y ya sin fuerzas, quedaron para siempre en la cuneta del camino en el cumplimiento del deber.

A Medina se le quedarían para siempre en la cabeza las palabras de D. Gonzalo "*Medina, vos sois el vencedor de esta batalla*"⁸

⁸ LOJENDIO: *Gonzalo de Córdoba*. Espasa Calpe, 1965, pág. 214.

Ceriñola, pueblo y castillo, ahora en manos de unos pocos gascones, permanecen en lo alto del Cerro Mediano, que desciende suavemente hasta un pequeño foso de defensa que la circunvala. Toda la pendiente, cubierta de viñas, algún olivar y cercas de piedra para el cobijo de los rebaños, se alcanzó a las cuatro de la tarde.

Hubo que poner orden en el desconcierto de la llegada y dar un pequeño respiro para aplacar la sed de todos en un cercano riachuelo de agua fresca.

Luego se puso a los hombres a trabajar sin pausa: había que ampliar y hacer más profundo el foso que corría por la parte baja y esa misma tierra emplearla para elevar el parapeto hacia vanguardia, a la vez que en todo el terreno que seguía se clavaron, alambres, hierros e incluso tallos de secas vides, duras y con tallos punzantes.

También las cercas se aprovecharon como verdaderas trincheras, asomadas y con gran visibilidad sobre, en terminología actual, lo que hoy día llamaríamos un foso contra carro, precedido por un campo de minas, en este caso tendido delante de los caballos.

El Gran Capitán a caballo del tordo Santiago, brioso y de gran alzada, siempre cuidadoso de su porte externo llevaba una coraza española y sobre ella un peto con cruces rojas en el pecho y en la espalda.

Como quiera que su tío, Diego de Arellano, le advirtiera de cubrirse la cabeza ante lo que se avecinaba, el montillano firme aunque cariñoso le contestó “*Señor tío, los que hoy tienen el cargo que yo, y tal día como hoy, no han de cubrir el rostro*”.⁹

Se movía D. Gonzalo de lado a lado impartiendo órdenes y “*animando a cada soldado, y nombrando a todos por sus nombres*”¹⁰. Lo que les ponía “corazones nuevos”, cuentan los relatos de la época.

A estas alturas, y tras los trabajos de organización del terreno, las unidades están ya desplegadas, en espera del ataque francés:

En vanguardia y asomados al foso, 500 bocas de fuego de dos compañías de arcabuceros de 250 hombres cada uno. Tras ellos, en el centro los 2.000 piqueros lansquenets de Hans von Ravensstein, a su derecha los cuadros de los 2.000 rodeleros y alabarderos de los capitanes Pizarro, Zamudio y Villalba y a su izquierda los 2.000 peones de García Paredes.

A la derecha, y algo separados para poder intervenir con libertad, los 400 hombres de armas de Diego de Mendoza. A la izquierda, separados, pero a la altura de los infantes de G^a de Paredes, prestos a intervenir, otros 400 hombres de amas españoles e italianos de Próspero Colonna.

⁹ MARTÍN GÓMEZ: *El Gran Capitán*. Almena, 2000, pág. 124.

¹⁰ LUENGO: *El Gran Capitán*. Biblioteca Nueva, 1942, pág. 191.

Y muy a la izquierda, fuera prácticamente del despliegue para no interferir en los posibles desplazamientos envolventes de la infantería, los 800 jinetes ligeros de Pedro Paz y Fabricio Colonna.

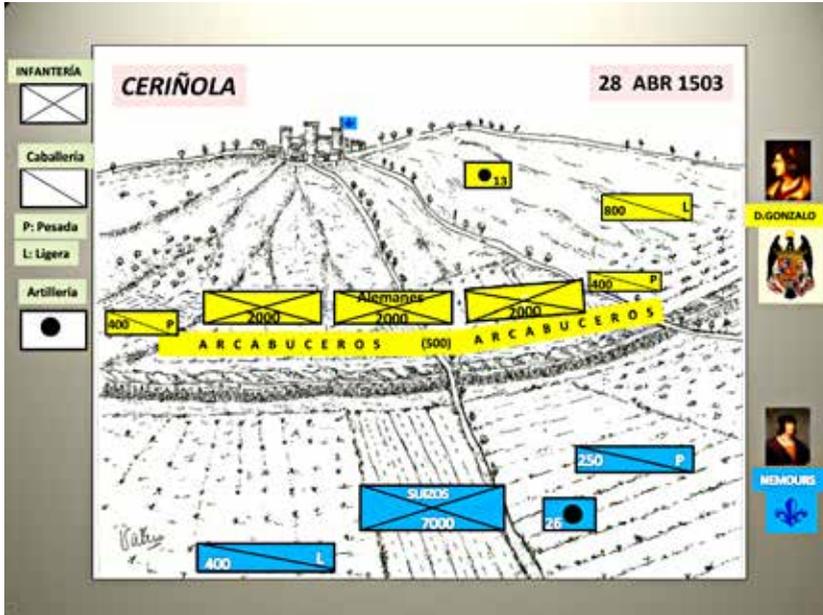


Figura 6.- Dibujo base del coronel de Infantería DEM D. Valero Asensio Gállego

Previamente también los franceses han tenido su reunión de capitanes que opinan que se debe atacar cuanto antes, pues no tienen agua ni un campamento estable y porque, con razón, suponen a los españoles cansados y no quieren, por otras experiencias, tener a los españoles enfrente toda una noche. El duque, muy escarmentado, prefiere esperar la luz del día siguiente para valorar el despliegue español, pero acosado por sus capitanes que le desprecian como militar, por su juventud e inexperiencia, y que le llegan a amenazar de quejarse al rey del deshonor de su virrey, acepta afirmando *“así no sirvo bien al rey, pero muriendo en el campo de batalla, al menos salvaré mi honor”*¹¹. Certera premonición de lo que se avecinaba.

Cuando cae la tarde se aprecia la polvareda que levanta la llegada del ejército francés, que avanza escalonado desde la derecha, donde en vanguardia van los 250 hombres de armas de Nemours, la flor y nata de la nobleza francesa.

¹¹ SANZ SAMPELAYO: *Córdoba. El Gran Capitán y su época*. Real Academia de Córdoba, 2003, pág. 193.

En el centro y algo retrasados los 7.000 infantes suizos y gascones. A la izquierda y más retrasada la caballería ligera de D'Alegre. Las 26 piezas de artillería, una vez asentadas abren fuego, aunque con no mucha eficacia por lo elevado de la posición defensiva.

Si en este momento recabáramos la opinión de expertos, estoy seguro que la opinión sería unánime: la derrota francesa era un hecho. Con un equilibrio de fuerzas, 7.500 hombres por bando que favorece a los que se defienden, la batalla se va a iniciar con una masa de "carros", sin capacidad de fuego, que se lanza contra un campo de minas contra carro, detrás del que hay un foso antitanque, estando ambos obstáculos batidos por un potente fuego. Aclaro, que al equiparar carros con aquellas masas de acero sigo la opinión del precursor de la guerra de blindados, el británico mayor general Fuller.

Siguiendo el protocolo medieval, suenan las cornetas para que aquellos bravos jinetes inicien el ataque al paso, con las lanzas aún en el estribo, para sucesivamente pasar al trote y al galope ya lanzas en ristre. La excitación de la carga, el polvo levantado, el jadeo de los caballos y el ruido del golpeo de sus cascos, entre explosiones artilleras... eran las sensaciones precursoras de la violencia en el choque... que no se produce. Los disparos de las bombardas, más los obstáculos hacen que los caballos enredados o heridos vayan cayendo, según se acercan a los fatídicos 30 metros, ya al alcance eficaz de los arcabuceros, que por filas completas y ordenadas, hacen imposible el pasar el foso, lo que obliga a los caballeros, en busca de un acceso a la posición enemiga, a un desfile en paralelo al frente que supone el holocausto final, siendo el propio duque de Nemours alcanzado en tres ocasiones y muerto.

En medio del declinar del sol, aparecieron entonces, al redoble de sus broncos tambores, los 7.000 piqueros suizos y gascones en ordenadas filas de 100 hombres. Aquel inmenso cuadro de extraordinarios movimientos internos, a pesar de las numerosas bajas que se habían producido en sus filas de vanguardia, donde formaban habitualmente los más veteranos y mejor pertrechados soldados, superaron el terraplén donde chocaron con los lansquenets, tan parecidos a ellos, pero que en posición dominante y desde luego más descansados, pudieron detener el violento empuje.

Era el momento esperado por el Gran Capitán, soldado del medievo que quiere participar en la lucha con sus hombres, sin medir lo que su falta pueda suponer, pero valorando también lo que su ejemplo es para sus hombres. Lanzado él mismo contra los franceses, ordenó el repliegue de los arcabuceros y que sus tropas le siguiesen colina abajo. Una capitania de infantes enrodelados penetró por debajo de las picas de los suizos comenzando una metódica y sangrienta matanza, a la que se unió García de Paredes con otros 1.500 peones que deshicieron, por el otro flanco, a los bravos helvéticos aferrados a sus pendones.

Casi a la vez, ordenó D. Gonzalo, que la caballería de Colonna atacase el ala derecha, donde los restos de la caballería francesa agonizaban en el desastre mientras trataban de salvar lo que se pudiera, eso sí tropezando con los esforzados suizos que seguían porfiando en su empuje a vanguardia y a los que destrozaron su flanco derecho.

Ahora era el momento de los ágiles jinetes de Pedro Paz y Fabricio Colonna que atacan la retaguardia de los suizos, completando la maniobra después de envolver por la derecha.

Fueron muchos los suizos que quedaron en esas tierras para siempre, entre ellos su jefe Chandieu que tanto había insistido en que se diera la batalla cuanto antes.

Se produce entonces, sin haber entrado en combate pero reconociendo la victoria española, la retirada de la caballería ligera francesa a la que sigue una vigorosa explotación éxito y persecución de los hombres de armas españoles.

3.000 bajas, solo 300 españolas, 500 prisioneros, que serán objeto de un cuantioso rescate, numeroso y muy apreciado armamento, entre él las preciadas 26 piezas de artillería, más todo el campamento francés, son cifras que dan idea de lo importante de la victoria.

D. Gonzalo está celebrando su victoria en Ceriñola con sus principales capitanes y como era costumbre en la época, con la presencia de los más destacados caballeros prisioneros, cuando aparece un paje vistiendo una elegante cota de malla bruñida de mucho valor que es reconocida como la del duque de Nemours.

Suspendida la celebración, salieron todos juntos a buscar, siguiendo los datos del paje, los restos del virrey y es que, como se comentó al principio y aunque con los patrones modernos pueda ahora extrañar, todos ellos se consideraban compañeros de armas, con un estrecho y real compañerismo.

El joven virrey, fue al fin encontrado tendido desnudo y efectivamente sin vida.

D. Gonzalo ordenó cubrirlo con un paño de fina tela e iluminarlo con teas encendidas. El entierro, con todos los honores, se celebró en San Francisco de Barletta hasta donde se le condujo escoltado por una comitiva con los mejores hombres de armas españoles, con hachas de cera encendidas y cien lanzas de acompañamiento siendo recibido a las afueras de la ciudad por otra comitiva de frailes.

El propio rey Luis XII de Francia enterado de la derrota de sus tropas y de la piadosa actitud de respeto hacia su virrey, no pudo por menos que verter comentarios elogiosos hacia el Gran Capitán que una vez más y como en él era tan habitual se comporta en la victoria de forma humilde y piadosa para con el vencido.

Me parece ahora procedente, antes de continuar, hacer una profunda reflexión sobre esta batalla: Ceriñola pasará a la memoria de España como una de las batallas más importantes de nuestra Historia. Pero, a primera vista no parece justificado: la entidad de los ejércitos enfrentados es pequeña; la duración de la batalla es de apenas unas horas; no se trataba de una zona de terreno vital y la batalla, ni siquiera es definitiva, pues faltará la campaña del Garellano para garantizar un Nápoles español por siglos.

¿De dónde le viene entonces la importancia a esta victoria?: Ceriñola es el Rubicón que al cruzarlo pasa el Arte de la Guerra desde el medievo a la edad moderna. Es el triunfo del novedoso empleo de principios, medios y circunstancias por el Gran Capitán y es sobre todo la consagración de la fuerza que durante dos siglos iba a dominar Europa: la Infantería española. Concretamente para la batalla se produce un extraordinario, y extraño para la época, proceso de toma de la decisión, con el previo y habitual asesoramiento de sus capitanes, tras el cual se produce la decisión que marca cuando y donde se producirá el combate.

D. Gonzalo elige la modalidad de combate defensiva, lo que es coherente con el estudio de los medios, ya que los franceses son superiores en terreno abierto.

Organiza el terreno, apoyándose en un foso, delante del cual coloca obstáculos para la marcha de hombres y caballos. Estos obstáculos los combina con el fuego de sus arcabuceros. Hay relevo de unidades, arcabuceros por piqueros, contraataques, envolvimientos, ataques a los flancos y finaliza con una contundente explotación del éxito y persecución.

D. Gonzalo ha coordinado de forma novedosa y con gran éxito, todos los factores que intervienen decisivamente en la batalla, teniendo siempre en cuenta las cambiantes circunstancias de cada combate. Ha llevado definitivamente el arte de la guerra desde el medievo a la edad moderna.

Pero continuemos con el Gran Capitán victorioso en Ceriñola que entra en la ciudad de Nápoles en medio del clamor popular y donde Navarro debe aún conquistar los castillos de “Castel Nuovo” y “Ovo” donde los franceses aún resisten, pero ambos caen ante las expertas técnicas de uno de los mejores capitanes de D. Gonzalo, el cual con una parte importante de su ejército se dirige a limpiar de franceses la parte alta del río Garellano que allí recibe el nombre de Liri, mientras los franceses realizan un repliegue general sobre la fortaleza de Gaeta que el 1 de julio está ya cercada.

La plaza de Gaeta tiene unas condiciones óptimas para la resistencia, sobre todo porque dispone de un magnífico puerto, que la escuadra española no puede cerrar ante la superioridad naval francesa, lo que permite la con-

tinua llegada de apoyo logístico y de refuerzos, con los que la guarnición alcanza ya a los 8.000 hombres.

Por ese puerto llega también el nuevo general en jefe de los franceses, Francisco de Gonzaga, marqués de Mantua, ex jefe de la liga veneciana y veneciano él mismo, por lo que no es aceptado plenamente por sus tropas.



Figura 7.- Original del autor

Las bajas entre los sitiadores son continuas, entre ellas la de von Ravenstein, el capitán de los lansquenets. Además, Luis XII, el rey más poderoso de Europa, no está dispuesto a dejar la situación con España como está y envía contra ella dos ejércitos, uno a cada lado de los Pirineos, que absorberán todos los esfuerzos del Rey Católico que no podrá prestar ayuda al Gran Capitán, contra un tercer ejército francés que ya se aproxima por el norte a los españoles.

D. Gonzalo percibe enseguida que pronto estará atrapado entre Gaeta y el ejército que se aproxima por el norte y que a sus espaldas tendrá la línea

de los ríos, lo que le lleva indefectiblemente a la batalla campal que de ninguna manera quiere.

Toma, una vez más una sabia decisión y abandonando el cerco se sale del saco en que se encuentra y cruza los ríos que ahora serán la pantalla que le proteja y que cierra por el sur con la guarnición de 1.850 hombres, con abundantes arcabuceros, que pone en la Torre del Garellano al mando del capitán Pedro Paz, cheposo y deforme pero cuyo solo nombre causaba pavor entre los franceses. Por el norte, tras limpiar de franceses la orilla propia, aunque deja de momento aislada Rocca D'Evadro, ocupa Aquino y Rocasecca, que será el otro anclaje de la pantalla y donde sitúa a Villalba con 1.200 hombres comunicándole que ha elegido ese castillo para que sea su victoria o su sepultura.

Con el refuerzo de las unidades de Nápoles y con sus tropas desplegadas detrás de los ríos, sabe que aunque la batalla finalmente se dará y que está en una clara desventaja de tres a uno, factores como el terreno, las condiciones climatológicas, la sorpresa, el espíritu de lucha y sufrimiento y la voluntad de vencer de sus hombres, aún tienen mucho que decir.

En las partes altas del río, hay un intento de paso pero Villalba tiene clara la orden de su líder de resistir a toda costa, y no solo la cumple a rajatabla, sino que obliga a los franceses a repasar el Garellano por Pontecorvo. El montillano, tras la toma de Montecasino, se sitúa a la izquierda de la corriente del río y continúa con su clásica “guerra guerreada”, a base de guerrillas que quebranta al enemigo sin riesgos propios.

Desde el norte ambos ejércitos marchan en paralelo al río, hasta que el 31 de octubre, ambos acampan, en un terreno absolutamente embarrado, junto a la corriente fluvial. Los temporales de viento y agua se suceden sin cesar y los españoles además sufren el incesante fuego de la muy superior artillería francesa que dispara desde la orilla francesa algo dominante. Durante todo el mes de noviembre y parte del de diciembre, los franceses tratan de sorprender con un rápido cruce del río que les lleve al ansiado combate en terreno abierto.

Para impedir este paso, tiene vital importancia la decidida defensa llevada a cabo en la Torre del Garellano, por el bravo y diminuto capitán español, Pedro Paz, que tenía enfrente, nada menos, que al capitán francés Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha, que consiguió cruzar el puente, tras la traición de un pequeño grupo de españoles que se dejó comprar por los franceses.

Cuando amanece, ya en el lado español del río, los franceses apenas pudieron ver las cabezas de los traidores españoles clavadas en la punta de las picas, porque ya se iniciaba el contraataque del terrible Pedro Paz, herido en su amor propio y ahora ya apoyado por otras tropas del Gran Capitán. Del

capitán español se decía, en voz baja, que cuando peleaba a caballo, debido a su pequeñez y deforme figura, se adaptaba de tal forma al animal que solo a el caballo se veía y por encima, como sobrevolando, una espada justiciera, que acababa con cuanto enemigo encontraba.

Cuando, tras tres días y sus noches de combate continuo, los franceses recruzaron el río habían sufrido la pérdida de una gran cantidad de material y de unos 2.000 hombres, la mayoría ahogados en el río. Esta derrota supuso la dimisión del marqués de Mantua y el relevo en el mando de las tropas francesas por el marqués de Saluzzo.

Ambos ejércitos permanecen expectantes mientras aumenta el frío y las lluvias y los soldados sufren el hambre y enfermedades sin cuento. Pero la moral ya está de parte de los españoles, que ven como sus capitanes comparten con ellos todas las calamidades, mientras los capitanes franceses se van retirando buscando mejores condiciones de vida. El propio Gran Capitán dormía en una cabaña próxima al río, comía lo que sus soldados y a diario visitaba las trincheras y aún así era tal la dureza de la situación que hubo de reprimir más de un intento de sedición. Aquí, parece ser, adquirió D. Gonzalo las fiebres transmitidas por la picadura de mosquitos, llamadas cuartanas entonces y que no sería sino probablemente el paludismo o la malaria, y que acabarían años después con su vida en Granada. La ya alta moral, que Napoleón años más tarde juzgó capaz de triplicar el número de hombres de un ejército, recibió un buen empujón con la llegada del jefe de los Orsini, Bartolomé D'Albiano, que cumplía así con don Gonzalo las deudas morales pendientes, aportando al frente 300 hombres de Armas, 2.000 infantes y 400 jinetes.

Fernández de Córdoba, en los días anteriores a la fiesta de Navidad, se retira a pueblos de la retaguardia, engañando a los galos que lo consideran como una renuncia a combatir en esas condiciones, lo que no era sino la práctica habitual en la época. Los espías franceses e incluso los presos españoles confirmaban lo que parecía un alto el fuego definitivo y que solo don Gonzalo sabe que no es sino el prelude del ataque final.

El montillano da descanso a sus tropas durante la tregua pactada para los días 25 y 26 de diciembre, que respeta por supuesto escrupulosamente pero que la aprovecha para buscar un punto de paso para cruzar el río y para en una difícil reunión con sus capitanes, que también daban por hecho un largo y merecido descanso para sus cansados hombres, comunicar su decisión de sorprender a los franceses con un rápido paso del río y un ataque en masa.

El miércoles 27 de diciembre, salía de Sessa el Gran Capitán con el grueso de su ejército, cruzando en secreto y en medio de un terrible temporal el río Garellano 6 millas al norte del campamento francés, mediante un

puente transportable de pontones de tres piezas construido por los marinos de Lezcano, que se viene abajo apenas cruzado por las tropas españolas.

Ya en la otra orilla, lanza el Gran Capitán, a D'Albiano con una importante fuerza de caballería, que hace un amplio arco que envuelve todo el flanco izquierdo francés.



Figura 8.- Original del autor

El poderoso ejército de Luis XII, se ha convertido ahora en una aglomeración de unidades sin moral de combate, que no pueden oponerse al avance del grueso de las fuerzas del Gran Capitán, que se reserva este mando. Sin muchos de sus jefes, los franceses tratan de emprender una ordenada retirada hacia Gaeta, que se convierte rápidamente en una huida a la carrera para alcanzar aquel castillo, en el transcurso de la cual mucho material de guerra se queda en el camino. La codiciada artillería francesa acaba en parte en manos españolas y otra parte, que los franceses tratan de salvar embarcándolas en barcazas, se hunde en el río.

A la vez, y por el sur, otra columna de infantes españoles cruza por un improvisado puente de barcas y a marchas forzadas se dirige por la costa hacia Gaeta.

Los franceses consiguen poner orden en sus potentes tropas y se reorganizan para presentar batalla reuniendo cuantas fuerzas en repliegue se acogen a la zona.

El choque de ambos ejércitos es brutal y las bajas se multiplican en ambos bandos, pero la llegada de nuevas capitanías españolas pletóricas de moral, rompen el equilibrado resultado y dan la vuelta a la situación. Ya muy cerca de Gaeta, junto al puente de Mola, la acometividad y la bravura de los españoles, batían a la gloriosa caballería francesa que peleaba así su último combate en tierras italianas.

Cercados en la casi inexpugnable fortaleza de Gaeta, la resistencia francesa, aunque se habían reunido más de 5.000 hombres, con buenos capitanes, artillería, munición y vituallas, duró poco, pues era la moral la que estaba destrozada.

El señor de D'Aubigny, caballeroso adversario de don Gonzalo, rindió la plaza diciendo: *“No sé qué virtud alabar más en Vuestra Señoría si la de las Armas o vuestra liberalidad, porque con la una ganáis reinos y vencéis a las gentes y con la otra ganáis voluntades. Un solo consuelo llevamos los malaventurados que a Francia volvemos vivos, haber sido vencidos por un capitán que su gente de guerra tiene por mejor buenaventura morir que disgustarle, sin les dar pagas, ni comida ni bebida”*¹²

D Gonzalo que autorizó el regreso a Francia, de cuantas tropas se pudo embarcar en barcos franceses, mientras el resto partió a pie por tierras de la Iglesia camino de Roma, siendo estos últimos muertos en gran parte por la acción de los naturales de esas tierras, consagraba así la fuerza que durante dos siglos iba a dominar Europa.

Se cierra así, triunfalmente, la 2ª campaña de Italia que garantizará para España el reino de Nápoles, durante más de dos siglos y D. Gonzalo Fernández de Córdoba, duque de Sessa, Terranova y Santángelo, pero luciendo sobre todo el título ganado de boca de sus soldados de Gran Capitán, con 51 años y en el apogeo de su fama y gloria, envaina su invicta espada de soldado, cerrando la historia de sus extraordinarias campañas militares, que se prolongarán ya sin él, en Pavía, San Quintín, Gravelinas, Grönmgen... y es que las tropas españolas adquirirán la reputación, ganada por D. Gonzalo de ser invencibles.

Es de reseñar como la figura del Gran Capitán, desborda su proyección puramente militar para convertirse en un icono político que en Italia mantendrá un vivo recuerdo durante mucho tiempo y que en España se convertirá, ya fallecido, en el ejemplo y guía de los primeros años del gran emperador Carlos I.

¹² MARTÍN GÓMEZ: *El Gran Capitán*. Almena, 2000, pág. 180.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO LUENGO, Luis: *La España Imperial. El Gran Capitán*. Madrid, Biblioteca Nueva, 1942.
- Córdoba. *El Gran Capitán y su época*: Real Academia de Córdoba. Publicaciones de la Real Academia. 2003.
- El Gran Capitán. De Córdoba a Italia al servicio del Rey*. Córdoba, Publicaciones obra social y cultural Caja Sur, 2003.
- LOJENDIO, Luis M. de: *Gonzalo de Córdoba*. Madrid, Espasa Calpe, 1965.
- MARQUÉS, J.: *El Gran Capitán*. Gerona, Ed. Dalmau Carles.
- MARTÍN GÓMEZ, Antonio L.: *El Gran Capitán*. Madrid, Ed. Almena, 2000.
- RUIZ-DOMÈNEC, José Enrique: *El Gran Capitán. Retrato de una época*. Barcelona, Ed. Península, 2002.
- SALAZAR, Diego de: *Tratado de re militari (1536)*. Madrid. Ed. Ministerio de Defensa. 2000.